

Un estreno de Domingo Miras

Domingo Miras es ya un nombre importante en la literatura dramática española. Dos de sus obras, "De San Pascual a San Gil" y "La Saturna", han sido publicadas y premiadas, en el caso de la primera nada menos que con el Lope de Vega, sin estrenar todavía por desajustes y retrasos en el cumplimiento de las bases. Digo, sin embargo, que es un nombre importante en la literatura dramática y no me atrevo a decir que en el teatro, porque Miras es uno, entre otros dramaturgos españoles, cuyas obras esperan la prueba del estreno.

De ahí el extraordinario interés del montaje de "La venta del ahorcado", que acaba de presentar el Teatro Universitario de Murcia, en la combativa Sala Cadarso. Una sala de mediocres condiciones técnicas, pero cada vez más importante en la vida teatral madrileña.

Dirige el Teatro Universitario de Murcia, desde hace muchos años, César Oliva, que ha estado a punto, en varias ocasiones, de incorporarse al teatro profesional madrileño. Al final, y gracias a la ejemplar atención que la Universidad de Murcia ha dedicado a la teoría y práctica del drama, César Oliva se ha quedado en su ciudad, continuando así una labor que debe tomarse como ejemplo a la hora de abordar dos temas fundamentales en la crítica de la estructura teatral española: el del teatro universitario y el de la descentralización teatral.

No estamos, pues, ante un grupo independiente al uso, formado por actores profesionalizados o con aspiración a profesionalizarse. El esquema de trabajo es otro. Y aunque algunos miembros siguen junto a César Oliva a través de los años —como es el caso de Concha Lavella, la protagonista del drama de Miras—, lo normal es que los nombres se renueven y asistamos, año tras año, a los esfuerzos del director por crear un grupo de cierta consistencia.

Bajo este ángulo concreto, el trabajo que han presentado los del TUM es enormemente meritorio. Tanto por la seriedad y corrección con que se han cubierto los objetivos como, sobre todo, por haber centrado la tarea en el estreno de una excelente y desconocida obra de Domingo Miras, a quien, a partir de la otra

noche, podemos empezar ya a juzgar específicamente como dramaturgo.

Asume "La venta del ahorcado" una serie de dimensiones profundamente arraigadas en nuestra cultura. Muchos de los mitos que han alimentado las mejores páginas de nuestra literatura, muchos de los terrores y despropósitos que configuran la historia real del país, son tratados por Miras a través de una acción dramática imaginativa y de un texto jugoso, rico y, sin embargo, fresco. Y aquí es donde entra ya el que me parece principal y definitivo valor de la obra que nos ocupa: su falta de énfasis, la compatibilidad entre su rigor y su ironía, su carga cultural y su libertad. El autor no nos apabulla jamás con la trascendencia de los temas ni con el regusto cultural de sus personajes y conflictos. Anda de por medio la tiranía del señor y el cálculo humillante de sus siervos; la muerte y la fornicación; el matrimonio y el adulterio; los conjuros y la picaresca; las ga-

nas de vivir y el temor; la risa y la presencia implacable del orden dominante. Por un momento parece que todo va a discurrir por los cauces de nuestra picaresca; pero muy pronto el naturalismo es sobrepasado por una realidad expresionista, por una sucesión de pesadillas que, sin embargo, nunca pierden su significación concreta, y en las cuales alcanzamos a descubrir muchos aspectos de nuestra identidad nacional. Es un mundo de trazos fuertes, con claros-curo de tragicomedia, donde se combinan la sensualidad, el gozo de reír con la crueldad dogmática de los valores "históricos". En cierto modo, hay algo de encuentro entre lo que Unamuno llamó la historia y la intrahistoria, entre la vida real de unos cuantos personajes populares y el mundo representado, primero, por el señor inmediato —con quien se acuesta la ventera, esperando sacar algún provecho— y, más tarde, por los símbolos del rey, el obispo y el conde, tres abstracciones del po-

der absoluto. La parte fina, sobre todo, tiene un interés dramático enormemente sugestivo. La ventera y el marido —cornudo por interés— reciben la visita de los tres citados símbolos. El juicio, tortura y muerte de la pareja es un ejemplo de gran teatro crítico. La perspectiva ideológica es inequívoca, pero uno siente que el autor no ha renunciado jamás a su imaginación ni ha querido privarnos a nosotros, espectadores, del ejercicio intelectual de la libertad. ■ J. M.

"Los hijos de Kennedy"

En muchos de mis reportajes —teatrales o no— sobre los Estados Unidos y, muy especialmente, sobre la vida de Nueva York, espero haber reflejado esa memoria, hoy desencantada, de los que fueron años de esperanza. Contemplada la relación mun-

Granada en la UNESCO

La UNESCO, centro cultural y oficial internacional, que guarda en sus jardines parisinos obras capitales de Miró-Artigas, de Henri Moore, de Calder (y las guarda celosamente, a cal y canto, mostrándolas sólo a privilegiados turistas) (1), organizó unas Jornadas de Granada.

Pudo haber sido de Lugo, de Santa Cruz de Tenerife o de Cuenca, pero la semana fue de Granada por querencia del granadino y pintor Paco Ramírez, que consigue todos sus empeños. Con la ayuda oficial de la UNESCO y con otra, menos confesada, más escamoteada —tal vez menos importante—, de la oficialidad española, Paco Ramírez logró reunir cuadros, fotos, libros, objetos de artesanía, cantantes, poetas y catedráticos locales y jamones de Trevélez.

Con tantos ingredientes y

(1) Digo esto porque la semana pasada el ceramista mallorquín Faraldó quiso ver los murales "del sol" y "de la luna" de su maestro Llorens Artigas. No le dejaron entrar en los jardines, y tuvo que volver a Sóller sin poder verlos.



Un aspecto de la exposición dedicada a Granada por la UNESCO: en la pared, dibujos de Martín Morales y Vázquez de Sola, ahora retirados.

con tales padrinos, Granada se quedó —es cierto y no se creería— incompleta: no vino Alberti, como estaba anunciado; faltaban vistas de Viznar y libros básicos sobre el asesinato de García Lorca; en un panel se advertía (todavía quedaban los clavos que los sostenían) la ausencia de dos dibujos de Martín Morales censurados por las autoridades de la UNESCO, y a punto estuvieron de desaparecer, víctimas de la misma gente, los cuatro de Vázquez de Sola.

En el muro quedaron los de nuestro compañero, una vez que Paco Ramírez convenciera a los funcionarios de que ya habían sido publicados en las páginas de TRIUNFO. Poco después, Vázquez de Sola retiraría sus obras, indignado, dijo, "de que la oficialidad española de la UNESCO fuera más papista que Suárez". José Heredia Maya denunció también esta anacrónica censura, y los demás actuaron, cantaron, expusieron y se callaron.